

en serio el problema de la personalidad ficticia. Puede, como él dice, llegar un momento en que uno mismo no distinga entre el que realmente cree ser y el que finge ser, pues, a fuerza de fingirlo, se ha ido alterando su personalidad (la persona no varía, pero la personalidad sí puede variar), no porque la ficticia recubra y oculte tras sí a la real, sino porque ha introducido elementos que le dan una nueva estructura, de modo que ya no es totalmente ni como era ni como finge ser, sino una mezcla de ambas cosas.

Las demás personas pueden captar esta alteración diversamente. En los casos de *poses* voluntariamente asumidas para llamar la atención, nadie se llama a engaño sobre el juego de la ficción, pero no resulta fácil adivinar la personalidad real que se esconde tras la ficticia, que, en este caso, sí que actúa de pantalla, más o menos opaca. En los casos de fingimiento más perfecto, la personalidad ficticia se presenta como lo que uno es o, al menos, cree ser, y puede hacerse con tal perfección que una persona se muera sin que nadie, salvo él mismo, la haya conocido realmente. Y su propio conocimiento de sí, ya sabemos que no es totalmente adecuado.

En los casos medios, tras la personalidad fingida transparece más o menos la real, no el «yo» que se cree ser, sino el que verdaderamente se es, el *ego real*. En este caso, la personalidad presente es una estructura mixta; en el anterior, lo presente sería sólo la personalidad ficticia, salvo para el propio sujeto. Aunque la persona no pretenda fingir, siempre suele haber un parcial fingimiento, por razones diversas. Por ejemplo, por agradar a los demás, por no singularizarse, por temor a la difusa coacción social, por exceso de introversión; por acomodarse a un grupo de amigos, al tipo profesional en que uno se haya incluido o por otros motivos, a veces no enteramente conscientes para el propio sujeto. Así, la personalidad presente casi nunca coincide por completo con lo que uno realmente es o con lo que cree ser; pero esta no coincidencia recorre un arco graduado muy amplio, que puede ir desde el que se jacta de presentarse tal cual es —lo que no siempre consigue— hasta el que no habla nunca de cómo realmente cree que es.

Con lo dicho basta para darse idea de lo difícil que resulta el conocimiento de sí mismo y de los demás.

NUESTROS CLASICOS

EL AMOR REVERENTE

Si nadie puede verte sin amarte,
Dulce bien mío, y nadie puede verte
Sin que le abrasen con rigor de muerte
Ardentísimas ansias de agradarte;

Quien logra tan de cerca contemplarte,
Y tanto como yo sabe quererte,
Difícil es que a contenerse acierte
En los límites sólo de mirarte.

Abrásome a tu vista, dueño mío;
Pretendo triunfos, pero al conocerte,
Repugnante, desisto en mis trofeos;

Que a mi ciego furioso desvarío
Refrena más el miedo de ofenderte
Que le mueve el tropel de mis deseos.

VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA